

SOBRE EL SIGNO ASTROLOGICO DEL ARCIPRESTE DE HITA

El Arcipreste de Hita se nos confirma como un ferviente admirador de la “ciencia de la astrología” en el *Libro de buen amor*.¹ Después de ilustarnos la infalibilidad de esta disciplina con el caso del “rey de moros” Alcaraz, el narrador-protagonista nos da una noticia sorprendentemente concreta sobre su propio signo astrológico: ha nacido bajo el concupiscente “signo” de Venus. Las propias inclinaciones eróticas del Arcipreste le confirman a cada paso su inclinación planetaria:

(153) En este signo atal [Venus] creo que yo nascí:
Sienpre puné en servir dueñas que cosnoçí,
El bien que me feçieron non lo desgradescí,
A muchas serví mucho, que nada acabescí.²

El amor a las “dueñas” ocupa en efecto todo el tiempo y las energías del Arcipreste: recordemos que el *Libro de buen amor* no existiría sin la sucesión de lances amorosos que articula toda la obra. Venus dota al clérigo andariego, por otra parte, de otras cualidades que le habrán de ayudar en sus afanes eróticos: le hace “loçano” y “fablador” y sobre todo esforzado en la consecución de su líbido a despecho de su relativa mala suerte en amores.

El Arcipreste nos pone sobre la pista de las fuentes librescas de sus creencias astrológicas: éstas quedan solemnemente garantizadas por la autoridad de “Tholomeo” y de Platón, amén de por “otros muchos maestros” cuyos nombres el autor desgraciadamente omite. Examinemos más de cerca estos posibles antecedentes del “signo de Venus” bajo el cual dice haber nacido Juan Ruiz. La fuente platónica de la que se jacta el narrador no nos es aquí muy útil, ya que ni siquiera en el *Timeo* encontramos una clara alusión al impacto de Venus sobre las tendencias eróticas de los hombres. Claudio Ptolomeo, en cambio, si parecería preludiar algunas

¹ No entramos aquí en el espinoso problema de si estamos ante un desdoblamiento irónico de arte del narrador del texto. El nivel irónico o paródico es, como todos sabemos, casi una constante en la obra del Arcipreste. Para los fines del presente ensayo nos vamos a limitar a lo que el elusivo narrador-personaje tiene que decir textualmente sobre la ciencia de los astros.

² *Libro de buen amor*, vol. I, ed. y notas de Julio Cejador, Madrid, 1913, p. 64. En adelante citaremos por esta edición.

de las actitudes del Arcipreste en torno a su signo astrológico. El célebre *Tetrabiblos* o *Quadripartitum*³ del sabio alejandrino, escrito en el siglo segundo de nuestra era, sistematiza, como se sabe, el conocimiento de la época y sienta las bases de la teoría y la práctica astrológica hasta nuestros días. No es exagerado decir que este texto constituyó la "Biblia" de los astrólogos de la Europa medieval. Vale, pues, la pena que lo exploremos a la luz de las ideas de Juan Ruiz en torno a la influencia de los planetas sobre el carácter de las personas.

Una lectura cuidadosa del *Tetrabiblos* nos confirma en seguida que el Arcipreste parecería tener un conocimiento muy inexacto y superficial del texto, que acaso conociera, como veremos más adelante, sólo de oídas. En primer lugar, Juan Ruiz declara haber nacido bajo el "signo" de Venus, cuando, propiamente hablando, no hay tal "signo" en astrología:⁴ Venus es una estrella o planeta que, según la teoría ptolemaica, rige los signos de Taurus y Libra porque tiene allí su "casa" o "exaltación". Tenemos entonces que el simpatiquísimo Juan Ruiz habría nacido entre abril y mayo (bajo Taurus) o entre septiembre y octubre (bajo Libra). Veamos lo que Ptolomeo tiene que decir sobre la personalidad de los nacidos bajo la influencia del planeta Venus:

Uenus cum solo dominatur in locis laudatis, facit blandos, bonos, deliciarum amantes, idoneos ad concilianda studia hominum, facundos, mundicieti & choreis deditos, zelotypos, hilares, impatientes laborum, artium capaces, uenustos in gestu, religiosos, bono habitu corporis, certa somniantes, natura li erga suos benevolentia, beneficos, misericordes, facilè reconciliabiles, nō habentes viritos impetus, deniq3 uoluptatibus ueneris deditos.

In contrarijs verò locis, ignauos, amatores, effoeminatos, mulierosos, timidos, negligentes discrimina actionum, pronos ad libidinem, infamiae negligentes, obscuros.⁵

Descubrimos no sin cierto asombro que el erotismo tiene una importancia ínfima para los nacidos bajo este signo; más aún, los "venusinos" sólo adquieren esta cualidad negativa de "amatores" cuando su estrella Venus se

³ No tomamos en cuenta aquí el *Centiloquium*, que se atribuyó también a Ptolomeo pero que no hace alusión ninguna a los nacidos bajo el signo de Venus. Curiosamente, cuando Cejador comenta el pasaje astrológico del *Libro de buen amor* sólo hace referencia al *Centiloquium*, que bastante poco tiene que ver con las ideas que el Arcipreste expresa sobre la astrología.

⁴ Juan Ruiz mezcla arbitrariamente términos como "signo", "ascendente", "constelación", "planeta": parecería que los entiende todos en un mismo sentido.

⁵ *Libri quator, compositi Syro fratri, de praedictionibus astronomicis...*, Philippo Melanthe interpreti. Basileae, per Ioannem Oporinum, MDLIII, p. 195. Citamos por una edición latina porque, de haber leído el *Tetrabiblos*, el Arcipreste lo habría manejado en latín. Adjuntamos la versión inglesa en cada caso:

"If Venus takes the domination of the soul,... she makes her subjects pleasant, good, luxurious, eloquent, neat, cheerful, fond of dancing, eager for beauty, haters of evil, lovers of the arts, fond of spectacles, decorous, healthy, dreamers of pleasant dreams, affectionate, beneficent, compassionate, fastidious, easily conciliated, successful, and, in general, charming. In the opposite position she makes them careless, erotic, effeminate, womanish, timid, indifferent, depraved, censorious, insignificant, meriting reproach." (*Tetrabiblos*, ed. and trans. into English by F.E. Robbins, William Heineman Ltd., London; Harvard Univ. Press, Cambridge, 1940, p. 357).

encuentra mal aspectada. Fundamentalmente, el carácter (hoy diríamos el “perfil psicológico”) de los hijos de Venus es muy suave y afectuoso, e inclinado por demás a las artes y a los espectáculos. Estos delicadísimos “soñadores” poseen, cuando su planeta está en “oposición” y no en “exaltación”, una predisposición que sin duda hubiera aterrado a Juan Ruiz: la de ser afeminados y mujeriles. (De haber leído bien el *Tetrabiblos*, el Arcipreste hubiera probablemente abjurado de su signo astrológico.)

De acuerdo al *Tetrabiblos*, todos los planetas disponen al amor. La tendencia erótica de cada persona se debe estudiar, según Ptolomeo, atendiendo principalmente a la posición que ocupa el planeta Marte. Venus inclina a la lujuria sólo cuando está aspectado con Marte o con Marte y Júpiter (Cap. IV, 5). En muy escasas ocasiones Venus determina la sensualidad viril: uno de éstos es cuando la estrella rige la “tercera edad” o juventud:

Tertiam aetatem, uidelicet adolescētiam, regit Venus,... Incipit enim tunc motus ciere seminalium meatuum, & eorū impletionē, & adpetitionem ad uenerea. Tunc enim maximi sunt stimuli & ardores libidinis, amor, eros, & incogitātia in eo ipso quod oculis cernit (p. 244).⁶

Pero todos los jóvenes están —cualquiera que sea su signo o su estrella— en la edad del despertar sexual, y no los individualiza demasiado el que Venus tenga jurisdicción sobre estos años floridos. De otra parte, es justo advertir que el Arcipreste parecería haber rebasado la adolescencia cuando protagoniza las correrías amorosas del *Libro de buen amor*. Su “temprana” juventud no es lo que parecería determinar su condición de venusino.

Ptolomeo nos prodiga, sin embargo, mucha más información sobre los nacidos bajo Venus. El *Tetrabiblos* es en este sentido una guía espléndida e inesperada a la hora de especular sobre las cualidades físicas y morales que debió tener el Arcipreste de Hita literario. (Todo esto, claro, asumiendo que tomamos en serio lo que nos dice Juan Ruiz sobre su signo y sobre sus “lecturas” de Ptolomeo.) Como venusino, nuestro Arcipreste debió poseer una tez clara y unos ojos hermosos y brillantes. (¿Será por esto que Trotaconventos le alaba su hermoso “ojo de becerro” al final del episodio de Doña Endrina?) Con todo, el Arcipreste se hubiera horrorizado de conocer lo que Ptolomeo estipulaba para su figura: “Uenus similia ijs efficit, quae Iupiter: nisi quòd pulchriora, gratiora, uenustiora, ad miliebre[m] elegantiam proprius accidētia, succulētiora, & teneriora, ac delicatoria omnia prestat” (p. 168). Sin duda, el “áfeminamiento” (“womanish and effeminate in figure”, traduce F.E. Robbins, *op. cit.*, p. 311) no casa bien con la moción que tiene de sí mismo el protagonista del *Libro de buen amor* y muchos menos con las “figuras del Arcipreste” en la que nos describe, por

⁶ “Venus, taking in charge the third age, that of youth,... begins to inspire... an activity of the seminal passages and to implant an impulse toward the embrace of love. At this time particularly a kind of frenzy enters the soul, incontinence, desire for any chance sexual gratification, burning passion, guile, and the blindness of the impetuous lover” (*op. cit.*, pp. 443-444).

cierto fuera del contexto astrológico, su robusta apariencia física.

Podemos adivinar que el Arcipreste se hubiera mostrado renuente a las actividades propias de los hijos de Venus. Indica Ptolomeo que si

Uenus praerit magisterio, facit artifices, qui odores, unguenta, uina, colores, tincturas, aromate, ornatu adparant: ut myropolas, coronarios, caupones, negociatores, pharmacopolas, textores, aromatarios, pictores, uestiarios (p. 179).⁷

Juan Ruiz se encontraría sin duda muy incómodo entre todos estos perfumes, especies, flores y ropas elaboradas. Su signo acaso esté más concorde con los desplazamientos que le vemos llevar a cabo en el *Libro de buen amor*: Venus se encarga de propiciar viajes no sólo seguros sino “placenteros”. En cuanto a la salud se refiere, el planeta de Juan Ruiz tiene jurisdicción sobre el olfato, el hígado y la carne: padecer en su carnalidad parecería sin duda coherente con los excesos eróticos de este sacerdote aventurero. Aprendemos, de otra parte, cosas muy curiosas: de haber tenido el Arcipreste a Venus aspectado con Saturno y opuesto a Marte en el momento de su nacimiento, hubiera sido estéril. (No deja de ser curioso que, a pesar de sus peripecias amorosas, el personaje nunca engendre hijos.) Parece, con todo, que Juan Ruiz no tendría a Venus y a las luminarias en sus aspectos masculinos ni a la luna menguante acompañada de planetas maléficos, pues en este caso hubiera nacido privado de sus órganos sexuales o hubiera recibido daño serio en ellos. Y a todos nos consta que la integridad sexual del Arcipreste es un *sine qua non* del *Libro de buen amor*. Es justo, sin embargo, decir que, a la luz del *Tetrabiblos*, vamos advirtiendo que el nacer bajo Venus no sólo no garantiza una masculinidad sin tacha sino que incluso la suele apoblemar. No cabe duda: Juan Ruiz leyó mal a Ptolomeo.

De acuerdo a la ciencia ptolemaica, la muerte del venusino ocurre por cánceres, fístulas y envenenamientos. Cabe que el goloso Juan Ruiz, que tanto celebra los placeres de la mesa, estuviera predestinado a morir por sus excesos gastronómicos. O acaso le tocara sucumbir víctima de las burlas perpetradas a tantas mujeres de la obra: si su planeta Venus llegara a entrar en conjunción con Júpiter y Mercurio, pudiera encontrar la muerte a través de intrigas femeninas.

Ptolomeo entiende que las distintas regiones de la tierra se encuentran bajo la influencia de determinados planetas. Venus, Saturno y Capricornio rigen el “centro de la tierra” —Tracia, Macedonia, Grecia, Creta, las Cíclades, la región costanera de Asia Menor— y hacen a sus habitantes proclives a la música, a la limpieza y al cuidado del cuerpo. Por la influen-

⁷ “If Venus rules action, she makes the subjects persons whose activities lie among the perfumes of flowers or of unguents, in wine, colour, dyes, spices, or adornments, as, for example, sellers of unguents, weavers of chaplets, inkeepers, wine-merchants, druggists, weavers, dealers in spices, painters, dyers, sellers of clothing” (*op. cit.*, p. 385).

cia de Venus, estos seres son también adictos a la “práctica de los misterios”. Sólo vemos aflorar la concupiscencia como atributo de los hijos de Venus entre los habitantes del Asia Mayor, India, Persia, Babilonia, Mesopotamia y Asiria, que veneran al planeta bajo el nombre de Isis y le consagran los órganos genitales. Como resultado los hombres de estas regiones son lujuriosos, buenos bailadores y dados a los vestidos lujosos y afeminados.

Parece pues evidente que para Ptolomeo el nacer bajo Venus no implicaba automáticamente en modo alguno el estar fatalmente inclinado a la concupiscencia. En las estipulaciones ptolemaicas parecería tener más peso la afición de los venusinos al estudio, al cuidado del cuerpo, a los vestidos y a los perfumes. Los nativos del “signo” se nos presentan la mayor parte de las veces como seres de notable delicadeza espiritual que sólo como desgracia de su astro mal aspectado caen en el vicio de una sexualidad desenfrenada. Nada más lejos de la vigorosa lujuria del Arcipreste de Hita. Juan Ruiz tiene sobrada razón cuando nos admite con conmovedora honradez que no sabe de astrología “más que buey de cabestro”. En efecto: si es que leyó a Ptolomeo, lo sacó fuera de contexto por completo.

Pero acaso haya otra explicación para esta lectura “defectuosa” que el Arcipreste parecería haber hecho del sofisticadísimo *Tetrabiblos*. Es muy posible que nuestro autor hubiera recibido las ideas ptolemaicas pasadas ya por el tamiz de un proceso de popularización que las haya simplificado y adulterado. Esto sería muy concorde con el conjunto de actitudes que exhibe Juan Ruiz cuando se refiere a la ciencia de los astros. Sus puntos de vista, de una heterodoxia flagrante, han hecho correr mucha tinta a los estudiosos del *Libro de buen amor*. Recordemos con cuánta pasión Juan Ruiz defiende la peligrosa idea de la predeterminación a la que nos someten los astros, tan ajena al pensamiento religioso oficial de la época: “(124) Qual es el ascendente é la costellación/del que nage, tal es su fado é su don”. Todo lo que hagan los hombres por escapar su destino es inútil: “(125) Non pueden desmetir á la astrología”. Con el fin de aleccionar a su público acerca de tal verdad, el Arcipreste narra lo que aconteció al hijo de un rey de moros llamado Alcaraz. Cinco astrólogos levantan un horóscopo cuando nace el niño, pero todos difieren en cuanto a sus respectivas predicciones: uno pronostica que el príncipe morirá apedreado; otro, quemado; otro, despeñado; otro colgado y otro, ahogado. El rey manda llevar a prisión a los estrelleros, quienes, a la luz de sus evidentes contradicciones, tenían que haber mentido. Cada uno de los horóscopos, sin embargo, se cumple: un día en que el infante, ya convertido en un hombre, va de caza, cae una violenta granizada de la cual intenta huir aguijonando su caballo. A continuación cae un rayo que lo quema y destruye el puente por el que pasaba, arrojándolo al río. Allí se ahoga al quedar sus ropas colgadas de un árbol que emergía de las aguas. Los cinco “fados” se cumplieron al pie de la letra y el rey Alcaraz libera a los astrólogos y los colma de honores. La moraleja de Juan Ruiz salta a la vista: los astros determinan nuestra suerte y Juan Ruiz

concluye con delectación: “(140) Yo creo los estrólogos verdad naturalmente”. Casi todos los críticos están de acuerdo en que la matización “católica” que el Arcipreste se apresura a añadir al final del pasaje —Dios puede mudar el curso de los astros a última hora de la misma manera en que un rey puede suspender la sentencia de un criminal— es una idea perturbadoramente arriesgada y espúrea al pensamiento católico ortodoxo. Félix Lecoy⁸ sostiene que la postura del Arcipreste respecto al poder de las estrellas rompe los cánones medievales según los que se pensaba que los astros se detenían frente al santuario de la voluntad humana. Santo Tomás de Aquino indica que el ejercicio de la voluntad para combatir la influencia de los planetas es difícil pero altamente meritorio y definitivamente necesario: “Plures hominum sequuntur passiones quae sunt motus sensitivi appetituts, ad quas cooperari possunt corpora caelestia; pauci autem sunt sapientes qui hujusmodi passionibus resistunt. Et ideo astrologi, ut in pluribus vera possunt praedicere et maxime autem in communi, non autem in speciali, quia nihil prohibet aliquem hominem per liberum arbitrium passionibus resistere” (*Sum Theol.* I, 115,4).

Lo mismo opina el averroista católico Jean de Jandun (S. XIV), Boccaccio en su *De Caribus*, incluso Dante. Los españoles no quedan atrás: desde el autor del *Caballero Cifar*, Juan de Mena, el Marqués de Santillana, el Arcipreste de Talavera, Lope y, naturalmente, Calderón, todos parecerían contradecir al indisciplinado Arcipreste de Hita y estar de acuerdo en que los astros inclinan el albedrío pero no lo fuerzan. Concluye Lecoy que Juan Ruiz está más cerca “du vulgaire que des docteurs et ne semble point soupçonner la gravité du problème qu’il pose inconsidérément” (*op. cit.*, p. 194). Frederick H. Cramer y Julio Cejador advierten, de otra parte, que la idea de la predestinación ciega ni siquiera es ptolemaica: “[Ptolemy] dissociated himself from purely fatalistic astrology”.⁹ La creencia en un destino inexorable no es, en efecto, ni escolástica ni ptolemaica. Donde la encontramos como idea recurrente —incluso, ortodoxa— es entre los pueblos del Islam. Se trata de una postura religiosa presente ya en el Corán¹⁰ —ningún esfuerzo humano es capaz de hacer cambiar el destino— que pasó a formar parte de la mentalidad popular islámica a lo largo de toda la Edad Media. (Cierto que no todos los musulmanes se oponen al libre albedrío. Sin embargo, es de sobra conocido que la civilización occidental asoció estrechamente a la religión del Profeta la creencia en la inevitabilidad del destino humano.) J. Rodríguez Puértolas sospecha que la actitud astrológica fatalista del Arcipreste de Hita debe ser de estirpe musulmana: el Arcipreste “no parece andar... muy lejos de ciertas creencias vulgares que no son estrictamente de origen cristiano sino musulmán”.¹¹ Julio Cejador, visiblemente

⁸ *Recherches sur le ‘Libro de buen amor’ de Juan Ruiz, Archiprêtre de Hita*, Great Britain, 1974.

⁹ *Astrology in Roman Law and Politics*, Phil., 1954, p. 194.

¹⁰ Cf. en especial W. Montgomery Watt, *Free Will and Predestination in Early Islam*, London, 1948; y Helmer Ringgreen, *Studies in Arabian Fatalism*, Upsala, 1955.

¹¹ *Juan Ruiz, Arcipreste de Hita*, Madrid, 1978, p. 70.

alarmado por la heterodoxia de Juan Ruiz —no puede creer que “hable por sí” —comenta asimismo que la astrología judiciaria del Arcipreste “era realmente una gran ciencia para escudarse y consolarse de toda mala ventura, metiendo el islam dentro del cristianismo” (*op. cit.*, p. 57).

Rodríguez Puértolas y Cejador no parecen andar lejos de la verdad, ya que el pasaje astrológico del *Libro de buen amor* es uno de los más fuertemente teñidos de mudejarismo de toda la obra. Significativamente, Juan Ruiz hace transcurrir su leyenda ilustrativa de la astrología judiciaria en tierras del Islam: el rey Alcaraz era, recordémoslo, un “rey de moros”. Durante muchos años algunos eruditos —Joan Corominas,¹² J.P. Wickersham Crawford,¹³ J.B. Bruce¹⁴— sospecharon que la leyenda misma pudiera tener un origen oriental.¹⁵ Sus sospechas se ven hoy confirmadas por el breve pero brillante ensayo de Edgar Knowlton,¹⁶ que demuestra que una leyenda persa en torno a los horóscopos que levantan unos estrelleros al hijo único de un rey está mucho más cerca del relato del rey Alcaraz de la versión de Juan Ruiz de lo que está el epigrama latino “Hermaphroditus”. Estas no son, naturalmente, las únicas incursiones del Arcipreste en la cultura islámica, de la que parece tener un conocimiento íntimo y de primera mano. Sin ánimo ninguno de entrar en las distintas interpretaciones de las que ha sido objeto el polémico *Libro de buen amor*, recordemos aquí que el contacto cotidiano del Arcipreste de Hita con lo musulmán es palmario y no es susceptible de ser puesto en duda. El enigmático autor (haya nacido o no en tierras musulmanas al sur de España como viene proponiendo recientemente Emilio Sáez en una tesis que dista mucho de estar definitivamente demostrada)¹⁷ sabe rimar en un árabe dialectal impecable; lleva a cabo juegos de palabras con vocablos de origen árabe (Garoga/alaroga: de *al-'arūsa* o “novia”); hace suyo el ideal estético de la mujer musulmana con esos problemáticos “dientes apartadiellos” que tan agudamente ha destacado Dámaso Alonso; e incluso nos guiña el ojo cuando establece a Don Ximio como alcalde de Bugía porque sabe de memoria que era precisamente de allí de donde exportaban monos a los centro europeos para entretenimiento de palaciegos o titiriteros.¹⁸ Esta espontánea

¹² Cf. su edición del *Libro de buen amor*, Madrid, 1967, pp. 104 y 106.

¹³ “El horóscopo del hijo del rey Alcaraz en el *Libro de buen amor*”, *Revista de Filología Española* (1925) pp. 184-190.

¹⁴ *The Evolution of the Arthurian Romance from the Beginnings Down to the Year 1300*, Gottingen, 1923.

¹⁵ Críticos como Lecoy consideran que el Arcipreste combina relatos de origen oriental con relatos de origen occidental; a menudo resulta difícil deslindar ambas tradiciones. (*Op. cit.*, p. 137 y ss.)

¹⁶ “Two Oriental Analogues of Juan Ruiz's Story of the Horoscope”, *Romance Notes*, XV (1973-74), pp. 183-187.

¹⁷ Emilio Sáez y José Trenchs, “Juan Ruiz de Cisneros (1295/1296-1351/1352, autor del *Buen amor*”, en *Actas del I Congreso Internacional sobre el Arcipreste de Hita*, ed. M. Criado de Val, Barcelona, 1973, pp. 365-368.

¹⁸ Cf. Rodríguez Puértolas, *op. cit.*, p. 78. A los ensayos pioneros de Américo Castro en torno a la impronta árabe del *Libro de buen amor* han sucedido las importantes contribuciones de Francisco Márquez Villanueva, Juan Vernet, Juan Martínez Ruiz, Joaquín Lomba, Richard Kinkade, entre otros. No hay que olvidar, de otra parte, que eruditos de tendencias más bien eclécticas como Lecoy tampoco

cercanía vital es la que podría explicarnos el hecho de que Juan Ruiz se encuentre más cómodo con las actitudes populares astrológicas de los árabes, tan marcadamente fatalistas, que del libresco Santo Tomás o del sofisticadísimo Ptolomeo. Francisco Márquez Villanueva encara el fenómeno con un sentido común admirable: "No podemos perder de vista que estamos ante un ligero escrito "en jograría" y que todo cuanto en él es decisivo va marcado con un sello popular. La procedencia de sus ideas sobre el *buen amor* hay que buscarlas, precisamente por ser básicas, en lo absorbido de una manera espontánea e inevitable en la sucesión de días que integran una vida en íntimo contacto con lo musulmán".¹⁹ Rodríguez Puértolas insiste asimismo en el hecho de que la cultura oriental formaba parte de la realidad vital de la Castilla del siglo XIV. Para el Arcipreste esta es una corriente "que no es estricta y solamente cultural, sino también y precisamente, ambiental y real, al contrario de los conocimientos latinos, latino-medievales y occidentales, puramente librescos para Juan Ruiz en la mayor parte de los casos. Tal hecho es básico para un correcto entendimiento del *Libro de buen amor*" (*op. cit.*, p. 62). No pretendemos con todo esto hacer del Arcipreste de Hita un "ingenio lego" ni negarle las lecturas copiosas que como universitario es obvio que llevó a cabo para producir una obra de la envergadura intelectual del *Libro de buen amor*. Sin embargo, resulta evidente que nuestro clérigo, por más letrado que fuese, se movería en ambientes populares islamizantes en la España del XIV y se dejó influir poderosamente por ellos. Por eso las palabras de Márquez Villanueva y de Rodríguez Puértolas nos parecen muy oportunas a la hora de empezar a comprender el sentido del "signo" de Venus bajo el cual se enorgullece de haber nacido el travieso Arcipreste de Hita. Ya dejamos en claro que su fuente "libresca" no es ni Platón ni Ptolomeo, por más que el elusivo poeta nos quiera impresionar con su "name dropping". Todo un largo proceso de refacción popular media entre Juan Ruiz y el *Tetrabiblos*. Y ese largo proceso parece haber sido llevado a cabo precisamente por los árabes con los que el Arcipreste convivía en la Península.

Lo primero que se impone es recordar que la obra de Ptolomeo se introdujo a Europa a través de las traducciones de los árabes. El *Tetrabiblos*, que no se vertió directamente del griego original hasta el siglo XVI, fue sin embargo conocido gracias a la traducción árabe de Ibrāhīm b. Salt (que cree Francis Carmody²⁰ fue corregida por Tābit b. Qurra o por Hunayn b. Iṣāq)²¹

desdeñan la posibilidad de numerosas fuentes orientales para Juan Ruiz, sobre todo en lo que a los relatos se refiere. Con todo, estos estudios no nos empiezan sino a señalar el "tip of the iceberg" del orientalismo del Arcipreste: queda aún mucho por hacer en este sentido y es de desear que estos futuros estudios comparatistas se lleven a cabo con ánimo científico y no polémico.

¹⁹ "El buen amor", en: *Relecciones de literatura medieval*, Sevilla, 1977, p. 73. Cf. también sus "Nuevos arabismos en un pasaje del *Libro de buen amor*, *Actas*, pp. 202-207.

²⁰ *Arabic Astronomical and Astrological Sciences in Latin Translation. A Critical Bibliography*, Univ. of California Press, 1956. Cf. también Juan Vernet, *La cultura árabe en Oriente y Occidente*, Barcelona, 1978.

²¹ Cramer (*op. cit.*, p. 195) y Robbins (*op. cit.*, p. XIII), asignan sin embargo la primera traducción árabe a Hunayn b. Iṣāq.

en el siglo XI. Sirviéndose de esta fuente árabe fue que Platón de Tívoli vertió al latín el *Tetrabiblos* hacia 1138. (Vale la pena recordar aquí que casi todas las traducciones de Platón de Tívoli fueron llevadas a cabo en Barcelona.) Aegidius de Tebaldis, por su parte, también utilizó una fuente árabe para su traducción latina del *Tetrabiblos* (1256): la versión comentada de 'Alī b. Riḍwān, muerto hacia 1068 y conocido en Occidente como Haly Abenrudian. Este comentario del astrólogo y médico egipcio Abenrudian, mandado a traducir por Alfonso X, fue profundamente divulgado en el mundo latino. Todas las obras de Ptolomeo pasan a través de intermediarios árabes y a menudo se salvan del olvido sólo gracias a éstos. Según Lynn Thorndike, este largo proceso del traslado de la sabiduría astrológica ptolemaica del mundo islámico al mundo latino ocurre principalmente en la España del siglo XII. Es de aquí que pasa al resto de Europa, donde modificará para siempre la erudición judicial medieval y renacentista. El *Almagesto* de Ptolomeo, tratado que todavía hoy recordamos por su nombre árabe,²² fue un texto célebre en tierras del Islam y mereció la atención entusiasta de muchos traductores, entre ellos Ḥunayn b. Iṣāq y Al-Ḥaḡḡāḡ b. Yūsuf b. Maṭar, que dedicó su versión árabe del año 829 nada menos que al califa Al-Ma'mun. La traducción de Gerardo de Cremona es decididamente posterior (1175), así como las ediciones que se sirvieron del griego original. El *Centiloquium* (en griego, *Karpos*; en árabe *Tamara* o "fruta"), que consiste en una colección de aforismos de tema astrológico atribuida durante siglos a Ptolomeo, fue asimismo comentada en árabe por 'Alī b. Riḍwān, aunque sospecha Carmody que otros expertos —Aḥmad b. Yūsuf al-Miṣrī, Abū Ya'far b. Yūsuf, Ibn ad-Dayā y Aḥmad b. Ibrāhīm— bien pudieron haber estado involucrados en el trabajo de la refundición. Una vez más, las versiones occidentales de Platón de Tívoli, Hugo de Santalla y Juan de Sevilla se basan en éstas y son mucho más tardías. Ptolomeo está indudablemente en manos de los árabes durante la Edad Media. Tan profundamente se lo apropiaron los musulmanes que se lamenta Carmody de que "...it is... still impossible to separate the authentic works of Ptolemy... from attributions which give every appearance of being original Arabic tracts" (*op. cit.*, p. 3). En efecto: desde fechas muy tempranas (s. IX), y a lo largo de toda la Edad Media, podemos corroborar una y otra vez la presencia obsesiva del gran sabio alejandrino entre sus más distinguidos discípulos musulmanes. El célebre astrólogo Māšā'allāh, que muere en el 815 y que da a conocer en Europa Juan de Sevilla, lo tiene muy presente en su *De occultis*, así como Abū 'Alī (Albohadi Alchait) en su *Kitāb al-māwālīd*, de 854, traducido bajo el título de *De iudiciis nativitatem*. El judío de Jorasán Sahl (Zahel Benbriz, m. en 822) hace uso especial del *Tetrabiblos* en su *Kitāb fi'l-aḡkām 'ila*

²² Recientemente, Kunitzsch propone la hipótesis de que el nombre *Almagesto* es más bien de origen iranio que árabe, aunque fueran éstos quienes lo divulgaran en Oriente y Occidente. (Agradecemos a nuestro colega Juan Vernet el dato.) Robbins (*op. cit.*) traduce el título original del *Almagesto* por *Syntaxis Mathematica*, mientras que otro traductor de Ptolomeo, J.M. Ashmand, ofrece la variante de *Magna Constructio*. (*Ptolemy's Tetrabiblos*), London, 1822.

'n-naṣabah al-falakiyah, mientras que el tratado *De speculis comburantibus* de Al-Ḥasan (m. en 965) fue directamente atribuido a Ptolomeo. Como éstos, tantos otros casos: las bibliotecas de Europa y Oriente conservan centenares de manuscritos astrológicos árabes de filiación ptolemaica que eruditos como Carmody, Thorndike y Juan Vernet recién empiezan a inventariar y a explorar. Tanto supieron los musulmanes acerca de Ptolomeo que las únicas noticias biográficas que han llegado a nuestras manos del padre de la astrología se la debemos precisamente a ellos. Es posible que sean el resultado de la imaginación febril de los entusiastas hijos de Agar: lo cierto es que "the Arabians report that he [Ptolemy] was extremely abstemious, and rode much on horseback... although he was spruce in apparel, yet his breath was not remarkable for an agreeable odour" (Ashmand, *op. cit.*, pp. XXI-XXII).

Como ya hemos dicho, la labor ingente de restituir a este Ptolomeo "arabizado" a Occidente tiene lugar en España, que tantas veces sirvió de eslabón intermediario entre el Islam y Europa. Alfonso X, conocido entusiasta no sólo de la astronomía sino de la astrología, reconoce la importancia de la erudición árabe y se entrega febrilmente a hacerla suya. Resulta conmovedora la pasión del Rey Sabio por la sabiduría astrológica sarracena y todavía hoy sorprende cuánto llegó a saber de la ciencia de las estrellas gracias a los tratadistas musulmanes. Bajo su esmerada atención se va españolizando no sólo Ptolomeo sino los astrólogos árabes que lo habían entendido como nadie: el misterioso Oveidalá, autor del *Libro de las cruces*;²³ el astrónomo toledano Azarquiel; el eruditísimo astrólogo del emir al-Mu'izz de Qayrawān, 'Alī b.abi Riyal o Alí Abenragel (c. 965-c. 1040), cuyo *Libro conplido en los iudizios de las estrellas* impactó profundamente a Europa hasta el punto de ser mandado traducir al francés, junto con el *Tetrabiblos*, por Carlos V de Francia en el siglo XIV.²⁴ Sabemos que Alfonso X corrigió personalmente el estilo del *Libro del saber de astronomía*, marcadamente ptolemaico, que había hecho verter del "caldeo et de arábigo" en el año 1294 de la era Hispánica. (Por cierto que la lengua árabe se transparenta clarísimamente en el castellano de todas estas traducciones alfonsinas: es un fenómeno que precisa estudio serio ya que Alfonso X está considerado nada menos como el "padre" de la prosa castellana.) Este "rey de las tres religiones" establece, de otra parte, una cátedra de matemáticas y astrología en Salamanca: todavía para el siglo XIV la astrología era un curso facultativo para el estudio de la medicina en España. "Optional but generally taken", nos asegura P.I.H. Naylor.²⁵

²³ Oveidalá ha sido identificado por José M. Millás Vallicrosa como Abū Marwān 'Ubayd Allāh b. Jalaf al-Istīyī (cf. Vernet, *op. cit.*, p. 203).

²⁴ Lynn Thorndike (*A History of Magic and Experimental Science*, vol. III, New York, 1929) destaca la presencia de una fuerte impronta islámica en los estudios astrológicos europeos medievales: Andalo de Negro (s. XIV) debe inspirarse en algún tratado árabe para su *Introductorious ad iudica astrologia compositus ab Andalo di Negro de Ianua*, y John de Stendal, dominico de Madeburg, escribe un comentario sobre el astrólogo árabe Alchabitius en 1359. Como éstos, tantos otros ejemplos.

²⁵ *Astrology. An Historical Examination*, London, 1967, p. 63.

Como cualquier europeo del siglo XIV, Juan Ruiz ha de haber recibido su saber astrológico ptolemaico de manos de los árabes. Nos parece arriesgado pensar que todavía la ciencia de las estrellas estuviera fuertemente asociada en la Península con el mundo musulmán. En la España culturalmente pluralista de los siglos medios, los cristianos —recordémoslo— se limitaban a ser discípulos de los musulmanes (y aún de los judíos) en lo que se refiere a la ciencia de los astros. La astrología alcanza entre los hispanoárabes cimas verdaderamente sorprendentes que los europeos tardarán mucho en igualar, si es que llegan a igualar del todo. Hoy se sabe que el astrolabio —al que con tanta admiración se refiere Juan Ruiz— se venía confeccionando en Al-Andalus por lo menos desde la época de ‘Abd al-Rahmān III. El ecuatorio, un instrumento evolucionado del astrolabio que permitía calcular la posición exacta de los astros fue, según Vernet, “un invento español realizado en el siglo XI o antes” (*op. cit.*, p. 199). El saber astrológico cala muy hondo en la Andalucía medieval: generaciones de poetas árabes entreveran sus versos de complicadas imágenes zodiacales que anteceden por siglos al Taurus “mentido robador de Europa”, que pacía estrellas en campos de zafiro en los versos inolvidables de Góngora.²⁶ El murciano Ibn ‘Arabī elabora toda una interpretación esotérica de los distintos cielos planetarios que implica un dominio asombroso de la astrología “a lo divino”.²⁷ Pero debemos seguramente al zaragozano Ibn Ba‘yā o Avempace (m. 1138c) el momento más feliz de la cultura astrológica hispanomusulmana. Con motivo de la muerte de un amigo vela una noche en su sepulcro y, sabiendo por sus conocimientos de astronomía que esa noche habría eclipse lunar, le canta apasionadamente estas estrofas momentos antes de que el fenómeno celeste ocurra: “Tu hermano gemelo/ descansa en la tumba/ y ¿te atreves, estando ya muerto,/ a salir luminosa y brillante/ por los cielos azules, oh luna?/ ¿Por qué no te eclipsas? ¿Por qué no te ocultas,/ y tu eclipse será como el luto/ que diga a las gentes/ el dolor que te causa/ tu tristeza, tu pena profunda?”²⁸ Curiosamente, el “verso final” del poema es el eclipse mismo, que, mediante el ingenioso recurso del poeta-astrónomo, parecería provocado por el poema gracias a una “magia literaria” sorprendente incluso en nuestros días.

Ante esto, no es de extrañar que siglos más tarde, España todavía asociara el conocimiento de la astrología con los árabes: el célebre Abenámbar, apostrofado como “moro de la morería” por Juan II en el romance que lleva su nombre, es invocado justamente en términos de su signo zodiacal, bastante disparatado por cierto: “el día que tú naciste/ grandes señales

²⁶ Para estos poemas “astrológicos” en árabe, cf. Henri Pérès, *La poésie andalouse en arabe classique au XI^e siècle*, Paris, 1953; y para la poesía astrológica persa, cf. Annemarie Schimmel, *The Triumphal Sun. A Study of the Works of Jalaloddin Rumi*, London/The Hague, 1978.

²⁷ Cf. Titus Burkhardt, *Clé spirituelle de l'astrologie musulmane d'après Mohyiddin Ibn Arabi*, Milano, 1947.

²⁸ Traducción del M. Asín Palacios, *apud* A. González Palencia, *Historia de la literatura arábigo-española*, Barcelona, 1945, p. 74.

había/ estaba la mar en calma/ la luna estaba crecida/ moro que en tal signo nace/ no debe decir mentira”. Otro tanto debe haber sucedido con el Arcipreste de Hita: sus incursiones en el campo de la astrología, notablemente heterodoxas e islamizantes, no podrían dejar de sonar a sus contemporáneos a “cosas de moros”. Sólo que su versión popularizada y “casera” del complejo saber astrológico de los árabes de Al-Andalus ya no provocaría la rendida admiración de un Alfonso X sino acaso más bien la burla regocijada de un público entendido en los “clisés” de la antigua ciencia judiciara.

Pero no perdamos de vista el signo de Venus que determina la vida erótica de Juan Ruiz y por lo tanto toda la convulsa historia del “buen amor”. Ya hemos visto que la interpretación de este signo no es ortodoxamente ptolemaica en el Arcipreste. Como fueron principalmente los árabes quienes tienen a su cargo la difusión de Ptolomeo y de sus *Tetrabiblos* en la Edad Media, y como Juan Ruiz nos ha dado muestras de poseer una cultura astrológica fuertemente islamizada, vale la pena que nos detengamos brevemente en la interpretación que hacen los musulmanes de la influencia del controversial planeta sobre el destino de los hombres.

Por el contrario del despreocupado Juan Ruiz, los árabes parecen haber leído muy de cerca el *Tetrabiblos*. En la literatura culta musulmana los nacidos bajo Venus suelen estar mucho más cerca del prototipo ptolemaico: se trata de seres refinados que muestran una inclinación indefectible a la vida placentera y artística. Ibn Gālib, genealogista y biógrafo arábigoespañol del siglo XII y autor del *Farḥat al-anfus* (*Alegría de las almas*), del que tanto se sirve al-Maqqarī en su famosa historia de la España musulmana, coloca bajo el signo de Venus (*Az-Zuhara*) nada menos que a los afortunados hijos de Al-Andalus. Se apoya, exactamente igual que Juan Ruiz, pero con mucho más conocimiento de causa, en la autoridad de Ptolomeo:

و لذلك ذكر ابن غالب في فرحة
الانفس لما اثنى على الاندلس واطها
ان بطليموس جعل لهم من اجل ولاية
الزهرة لبلادهم حسن العفة في اللبس
والنفاة والطارة وحبّ للعر ولفناء
وتوليد العون .

(“Y sobre esto [la superioridad de los andaluces] trata Ibn Gālib en su *Farḥat al-Anfus*, cuando alaba al pueblo de Al-Andalus. Apoyándose en la autoridad de Ptolomeo, [declara] que por estar bajo la influencia de Venus, los andaluces tienen una preocupación constante en el vestir, en el decoro, en la buena mesa, en la limpieza y en el amor a las diversiones y a los cantos y en la creación de nuevas melodías”).²⁹

²⁹ Versión árabe en: Al-Maqqarī, *Analectes sur l'histoire et la littérature des arabes d'Espagne*, Leyden, 1855-1860; vol. II, p. 104.

Resultaría curioso poder determinar si la asociación del signo de Venus con los pueblos del Islam sería todavía reconocible en el ambiente fuertemente orientalizado del Arcipreste de Hita. (Estaríamos sin duda ante una broma críptica estupenda de parte de Juan Ruíz.) A pesar de que los árabes no siempre se ponen de acuerdo en la asignación de las regiones de la tierra a los distintos planetas (según el *Libro de las cruces*, por ejemplo, Venus es “apoderado en los franceses”)³⁰ nos hemos encontrado con que en la mayoría de los casos el astrólogo en cuestión hace nacer como venusinos precisamente a los árabes (incluyendo a los hijos de la España musulmana). Al-Bīrūnī (n. en 973) divide la tierra en distintos “climas” (*‘aqālim*) o provincias y asigna a las ciudades de Al-Andalus el quinto “clima”, que cae bajo la jurisdicción de Venus. (Considera, sin embargo, que Al-Andalus en su totalidad se halla regida por Virgo.) También nos dice en su célebre *Libro de los elementos del arte de la astrología* (ed. bilingüe árabe-inglesa de R.R. Wright, Londres 1934) que Venus tienen el privilegio de regir sobre la religión del Islam, mientras que otros planetas —Mercurio, Júpiter— tienen a su cargo a los judíos y a los cristianos. El autor anónimo de la historia astrológica del *Kitāb al-ulūf*, que tantas ideas incorpora de ese gran lector de Ptolomeo que fue Abu Ma ‘šar (s. IX), divide la historia en distintos *fardārāt* (singular, *fardār*) o conjunto de siglos que caen bajo la jurisdicción de distintos planetas y signos. El autor reserva para Venus el momento culminante de la historia de la humanidad: el surgimiento de los árabes y de Mahoma su profeta.³¹ Asimismo, el judío arabizado Abraham ibn ‘Ezra (s. XII) determina sin ambages en su *Libro de los fundamentos astrológicos* que Venus, signo notorio por su concupiscencia, rige sobre los pueblos del Islam.³² Esta idea, sin duda recurrente, de que los venusinos sean musulmanes debe ser de elaboración medieval, ya que Ptolomeo no coloca a los árabes bajo Venus en su *Tetrabiblos*.

Los astrólogos del Islam sacan a relucir otras cualidades de los venusinos ignoradas por el Arcipreste pero de clara estirpe ptolemaica. Recordemos aquí tan sólo una: la capacidad de los hijos de Venus para abstraerse del mundo material y optar por el de los espíritus. Se trata de una idea clave en los tratados de Ibn Haldūn (s. XIV) que había sido preludiada, como recordaremos, por el *Tetrabiblos*.

Pero la transformación del complejo “signo” de Venus es un signo exclusivamente libidinoso y ajeno por demás a las dotes exquisitas que prescribiera para él Claudio Ptolomeo tampoco parece haber estado ajena a los árabes de la Península. Naylor asocia la popularización de los tempera-

³⁰ *El libro de las cruces*, ed. de Lloyd A. Kasten y Lawrence B. Kiddle, Madrid-/Madison, 1961, p. 162. En el capítulo IV el autor concluye que el signo o planeta de España es Géminis y no Sagitario, como creen otros sabios, incluyendo a Ptolomeo.

³¹ Cf. David Pingree, *The Thousands of Abu Ma‘šar*, Univ. of London, 1968, pp. 68-69, y Ganjawī Nizāmī, *The Haft Paykar*, trans. by C.E. Wilson, London, 1924, vol. II, p. 123.

³² *Le livre des fondaments astrologiques précédé de Le commencement de la sapience des signes*, Paris, 1977, p. 272.

mentos planetarios al saber astrológico de los árabes y los judíos españoles de los siglos medios. Gracias al contacto de Europa con la España musulmana, “the psychological attributes ascribed to the planets in a horoscope were beginning to be widely accepted: the classical philosophical concept of a Saturnian type being cold, the Jupiterian man temperate and the Venus type self-indulgent began to colour contemporary thought and writing” (*op. cit.*, p. 66). En efecto: ya podemos advertir que Ibn ‘Ezra, en un exquisito tratado en el que no se inhibe de corregir al propio Ptolomeo, establece la equivalencia Venus=concupiscencia sin ambages: “...l’expérience a prouvé qu’elle régissait l’âme concupsicente” (*op. cit.*, p. 272). (La importancia de los judíos en la ciencia astrológica española no se debe desdeñar aquí: no sólo fueron traductores e intermediarios de los árabes sino que escribieron importantísimos tratados originales sobre el tema. Basta recordar las fuertes tendencias astrológicas del *Zohar* de Mošé de León.) Los astrólogos árabes (dentro y fuera de España) contribuyen de manera especial a la popularización del lugar común de los venusinos como seres exclusivamente libidinosos y a menudo ajenos al carácter refinado y artístico que les asignara Ptolomeo. Veamos algunos ejemplos elocuentes. El citado al-Bīrūnī no para mientes en asociar a los venusinos con el más desenfrenado apetito carnal. Los nacidos bajo esta estrella son, por naturaleza, inclinados al amor y a la sensualidad (*op. cit.*, p. 250), y no es de extrañar encontrarnos entre ellos a cortesanas y adúlteros. El tipo representativo del hijo de Venus es “a sodomite or [someone] given to excessive venery” (*op. cit.*, p. 251). El *Libro conplido en los iudizios de las estrellas* de Alí Abenragel, al que también nos hemos referido ya, es de especial interés porque fue mandado traducir por Alfonso X del árabe al castellano. Sus ideas circularían sin duda en la Península antes de convertirse en patrimonio cultural de Europa. Abenragel preludia a su vez el ardor erótico del “signo de Venus” de Juan Ruiz: ya la estrella comienza a perder su dignidad ptolemaica y queda asociada casi exclusivamente a la líbido que suscita. El venusino “semeia a las mugieres e ama-las e ama iazer con ellas e ama comer e beber e folgar” (*Libro conplido...*, ed. Gerold Hilty, Madrid 1954, p. 9). Hasta en el hecho de que la concupiscencia es tan absorbente que no deja tiempo para otra cosa Abenragel parecería adelantarse al Arcipreste: “todo su cuydado [del nacido en Venus] non es sino por conplir su uiente e su uoluntad en luxuria” (p. 9). Aún más: Juan Ruiz se congratula de que Venus lo hace “loçano”, “fablador” y “franco”. Otro tanto los venusinos de Abenragel: “E Venus... es de sabrosas palabras e franco e de munchos dichos” (p. 16).³³

³³ A la luz de la repetida identificación entre los árabes del planeta Venus con los impulsos eróticos, no es de extrañar que la hermosa antología de poemas amorios de Ibn Dāwūd al Iṣfahānī, titulada *Kitāb al-Zahra* [o *Zuhra*] haya sido interpretada ya como *Libro de la flor* (Zahra) o *Libro del planeta Venus* (Zuhra). La raíz árabe z-h-r- da pie a las dos versiones cuando no está vocalizada. Cf. la edición de A.R. Nykl publicada en la University of Chicago Press en 1932. (Agradecemos a nuestro admirado colega James T. Monroe que nos llamara la atención sobre el dato.)

Tan profundamente pareció identificarse esta popularización del signo de Venus en los ambientes del Islam español que todavía volvemos a ver los últimos ecos del lugar común astrológico entre los moriscos españoles culturalmente agonizantes del siglo XVI. La persistencia entre los musulmanes de una cultura astrológica popularizada y, como veremos, estrechamente paralela a la del Arcipreste de Hita, parecería demostrarnos que Ptolomeo se difundió en la Península en ambientes fuertemente arabizados y que su *Tetrabiblos* quedó relegado, a la altura del siglo XVI, a la cultura popular morisca. Es curioso que la literatura española no haya mostrado particular afición a la ciencia de los astros: el entusiasmo del iconoclasta Juan Ruiz es un fenómeno fundamentalmente aislado que debió haber parecido "arabizante" a sus contemporáneos, ya que poco más tarde, como dejamos dicho, la condición de "moro" de Abenámbar se define en el romance justamente en términos de predicciones astrológicas.³⁴ Hay que decir que, con todo lo que Cervantes (y, a su modo, Calderón) defienden los postulados filosóficos fundamentales de la astrología judiciaria, no delatan un conocimiento a fondo del *Tetrabiblos* ni del *Centiloquium*. La familiaridad con las ideas ptolemaicas, por modestas que sean, salta en seguida a la vista en un tratado anónimo aljamiado (castellano pero redactado con caracteres árabes), de tema mágico y astrológico, que carece de título y que Asíñ cataloga bajo la sigla de "Junta XXVI".³⁵ La existencia de este manuscrito permite postular que los moriscos del XVI tendrían acceso a alguna versión (acaso en árabe pero quién sabe si en castellano o latín) del *Tetrabiblos*, en un época en la que la cristiandad española pareció desdeñar su estudio.³⁶ O acaso nuestro anónimo autor sea más bien un descendiente de

³⁴ Otros escritores europeos se han servido mucho más de la astrología en sus obras literarias: el caso de Chaucer viene enseguida a la memoria. El bardo inglés supo más de la teoría de los astros que Juan Ruiz, como demuestran las referencias a los signos del zodiaco ya desde el prólogo a sus *Canteburry Tales*. Sin embargo, no hay que descontar tampoco aquí la posibilidad de una impronta musulmana, en primer lugar porque los libros de sabiduría ptolemaica entran a Europa, como hemos visto, a través de los árabes, y, en segundo lugar, porque, como tiene demostrado Dorothee Metlitzki (*The Matter of Araby in Medieval England*, Yale Univ. Press, 1977), los traductores ingleses que volvían a su patria después de pasar años traduciendo en las escuelas alfonsinas prestigiaron en Inglaterra la cultura sarracena que recién habían adquirido en tierras españolas. Se sabe, de otra parte, que el intercambio intelectual en torno a estos temas fue normal y repetido: el citado astrólogo Ibn 'Ezra visitó Inglaterra en 1158 y ofreció conferencias en Londres y posiblemente en Oxford. Es de todos conocido el entusiasmo de Roger Bacon por las lenguas y por la cultura oriental, que consideraba de vanguardia, no empuja la rivalidad teológica de Europa frente al Islam. Metlitzki explora convincentemente las deudas de Chaucer para con los árabes, que cita directamente y con notable unción intelectual. Pero aún queda mucho por explorar en este sentido: el ideal estético de los famosos "dientes apartadiellos" de la "bella" musulmana de Juan Ruiz aparece en los *Canteburry Tales*, asociados nada menos que a Venus (aunque fuera del contexto astrológico): "Gat-toothed I was, and that becam me weel: I hadd the prente of Seint Venus Seel". Sobre la influencia musulmana en la cultura europea medieval, cf. también mi libro *San Juan de la Cruz y el Islam* (en prensa en el Colegio de México).

³⁵ El texto carece de título y se conoce por el título de su primer tratado: "Exte ex el alquiteb quextá en él el conto de Du-l-carnaín". Al presente estoy editando el capítulo de tema astrológico en colaboración con dos alumnas graduadas de la Universidad de Yale.

³⁶ Sabemos de cierto que aún existen versiones árabes manuscritas del *Tetrabiblos* en España, sobre todo en la Biblioteca del Escorial (cf. Robbins, *op. cit.*, p. XIII). De otra parte, resulta difícil determinar si el morisco anónimo se sirvió de una fuente árabe o española, ya que alterna indiscriminadamente los nombres de los signos y las estrellas en ambas lenguas.

Abenragel o de algún otro musulmán versado en las ideas ptolemaicas. Lo cierto es que Juan Ruiz parece más cerca del Ptolomeo “arabizado” de los humildes moriscos de lo que está el autor original del *Tetrabiblos*. No es exagerado decir que tanto el Arcipreste como el anónimo criptomusulmán forman —cada uno a su manera— tradición con Abenragel, al-Bīrūnī e Ibn ‘Ezra, en cuyas manos las estipulaciones del sabio alejandrino se popularizan o al menos se transforman.

El autor del ms. XXVI estudia el carácter y el destino de los hombres nacidos bajo la influencia de Venus, que llama “Azahra” en vez de *Az-Zuhara*: es decir, “flor” en vez de “Venus”. Haciendo gala de un conocimiento astrológico ptolemaico algo más exacto que el del Arcipreste, el morisco nos indica que los venusinos pertenecen al “al-burÿe” (*الجرج* : signo) de Taurus (“Atauro”) y de Libra (“almīzen”). Cuando el hombre nace en mayo, bajo “Atauro”, “kes el buwey” (fol 39v), tiene a “Azahra” por estrella y se destaca, exactamente igual que Juan Ruiz, por ser “amador mucho de muÿereŝ”, “toda ora anda en ellaŝ...”; “i-y-es onbere de mucho kerer uŝar kon muÿereŝ...” (fol. 37r). Recordemos a Juan Ruiz, a quien su condición de venusino obliga a una vida erótica obsesiva: “(154) Como quier que he provado mi signo ser atal, / En servir á las duennas puno é non en ál”. (No cabe duda de que tanto el Arcipreste como el morisco están repitiendo el lugar común de Abenragel.) Si el hombre nace en octubre, pertenece entonces, nos dice el morisco, al *al-burÿe* de “almīzen” (Libra) y también “su esterella es Azahra”. Venus fuerza su albedrío y determina, una vez más, que “será amador de las muÿereŝ”... (fol. 53r).³⁷ Salta a la vista que estamos, exactamente igual que en el caso de Juan Ruiz, ante una simplificación popular de las complejas disquisiciones del *Tetrabiblos*. Las coincidencias adicionales son muy curiosas: el Arcipreste se quejaba amargamente de que los venusinos se afanaban en amores pero que, en general, sus esfuerzos resultaban infructuosos: “(152) Trabajan é afanan muy mucho syn medida / é los más non rrecabdan la cosa más querida”. El Arcipreste ha sufrido en carne propia el problema: “(153) A muchas serví mucho, que nada acabescí” [logré]. Al hombre nacido bajo Venus o “Azahra” del ms. XXVI le espera idéntico destino ya que no le agradecen sus afanes eróticos: “ŝerá onbere porfioŝo” en amores “i faze biyen maŝ no ŝe lo agradeŝen” (fol. 37r). Más aún: como venusino, Juan Ruiz ha perdido, como hemos visto, la sofisticación y la sensibilidad de los venusinos ptolemaicos, tan aficionados a las artes y a los perfumes y vestidos elegantes.³⁸ Su signo lo dota, en cambio, de una desenfrenada sensualidad gracias a la cual se muestra “franco” y “fablador” en su galanteo con las dueñas. El lugar

³⁷ La sensualidad asoma solapadamente entre las mujeres nacidas bajo Venus. El anónimo criptomusulmán sólo nos indica que: “...el meŝ de su kasar eŝ / en biniyéndole su folor [menstruación]” (fol. 70 v).

³⁸ Sí es justo decir, sin embargo, que el Arcipreste tiene en común con ellos la afición a la música y a la poesía. Exactamente igual que los hijos de Venus de Ibn Gālib, gusta de inventar nuevas melodías o metros: de ello da buena muestra el *Libro de buen amor*.

común debe tener estirpe musulmana porque ya lo vimos preludiado en Abenragel. Ahora lo vemos repetido en los folios de nuestro texto aljamiado: lejos a su vez de los extremos de delicadeza del *Tetrabiblos*, la estrella de "Azahra" hace del venusino morisco un "chokarrero" (fol. 37r) en sus festejos femeniles.³⁹

El Arcipreste y el anónimo autor del ms. XXVI parecerían formar escuela en cuanto a su personalísima "erudición" astrológica y en su manera particular de reinterpretar el *Tetrabiblos* ptolemaico. No debemos estar ante una coincidencia casual: a pesar de todas sus diferencias cronológicas, religiosas y literarias, ambos autores —Juan Ruiz y el morisco— parecerían servirse de la vulgarización musulmana (y, posiblemente, judaica) de la ciencia astrológica de Claudio Ptolomeo. Ya hemos visto sobrados ejemplos de este proceso de popularización entre los tratadistas del Islam, de los que está, a su vez, tan cerca Juan Ruiz.

Como decíamos al principio de estas páginas, la posible filiación ptolemaico-musulmana del "signo de Venus" es muy coherente con el profundo mudejarismo que exhibe el autor en el conjunto de sus creencias astrológicas, tan independientes del pensamiento cristiano oficial. En su ardiente defensa del predeterminismo de las estrellas, el Arcipreste cita a Ptolomeo y a Platón y a "otros muchos maestros" cuyo nombre silencia: quién sabe si estuviera pensando en divulgadores árabes de Ptolomeo como Abenragel o al-Bīrūnī. Pero acaso ninguno de estos nombres prestigiosos del Islam alcanzaran sus oídos. Como propone Márquez Villanueva, "hay que desechar el error de que las ideas se transmiten sólo de un libro a otro libro" ("El buen amor", *op. cit.*, p. 173). Nos parece que estamos más bien ante un fenómeno de transmisión espontánea —incluso, oral— explicable por el contexto vital en el que se movía el Arcipreste en la España del XIV. De este mismo ambiente arabizante sería que Juan Ruiz tomaría de prestado otras ideas astrológicas como la de la predestinación. Ya lo anunciaba Rodríguez Puértolas: "es más que probable que una comparación organizada entre la obra del Arcipreste y las creencias vulgares islámicas —y, sin duda, judías— abra perspectivas insospechadas a la interpretación del *Libro de buen amor* (*op. cit.*, p. 73). El signo de Venus del Arcipreste podría

³⁹ El manuscrito aljamiado describe al venusino, entre otras cosas, como hombre que "tiene muchos kabelleš". También era "velloso" el Arcipreste, según su famoso autorretrato. Aunque probablemente la descripción del aspecto físico del Arcipreste, tan robusto y sensual, pertenezca a una tradición que no sea la tradición astrológica que aquí estudiamos, resulta sorprendente la afinidad del físico del nacido bajo Taurus (y, por ende, bajo Venus) que describe el citado al-Bīrūnī: "Tall, broad forehead, eyebrows short, eyes black, the whites small, downcast, nose broad, the point upturned, large mouth, thick lips, hair black, neck strong" (*op. cit.*, p. 218). Ibn 'Ezra repite el motivo: "Ses yeux grands et son cou épais... et il est mangeur,... il sera court de stature... et ses levres épaisses et il aura un signe au cou et un autre en son membre male..." (p. 70). Juan Ruiz, recordaremos, se nos retrata como "pescuçado", de cuello "no muy luengo", "un poquillo baço", de labios sensuales: "La boca non pequena, labros al comunal, / Más gordos que delgados, bermejós como coral". Su nariz es tan "luenga" que "esto le descompón". La robustez del personaje indicaría, de otra parte, que "il est mangeur". En lo único que difiere el Arcipreste del venusino de Ibn 'Ezra es que tiene los ojos pequeños. Y, naturalmente, nada nos dice Juan Ruiz sobre lunares o marcas de nacimiento en sus partes privadas.

muy bien entrar en la categoría de una "creencia vulgar islámica" adaptada, como tantas obras, al libro de Juan Ruiz. Es de esperar que estudios futuros de este texto juglaresco, todavía tan misterioso, nos deleve aún nuevas incursiones de su autor en territorio musulmán.

Luce López-Baralt
Universidad de Puerto Rico
Yale University/Brown University

Deseamos dar constancia de nuestra gratitud a dos instituciones que me han ayudado en la redacción de éste y otros estudios: la American Council for Learned Societies, que me becó en 1981-82, en que fui *visiting scholar* del Center for Middle Eastern Studies y del Department of Romance Languages and Literature de la Universidad de Harvard; y la fundación Guggenheim, que me becó a su vez, de agosto a diciembre de 1982, permitiéndome un semestre de investigación en la Universidad de Yale.